



TESS
GERRITSEN

ALFONDO DEL DESEO

Grandes Autoras

- -
 - [Uno](#)
 - [Dos](#)
 - [Tres](#)
 - [Cuatro](#)
 - [Cinco](#)
 - [Seis](#)
 - [Siete](#)
 - [Ocho](#)
 - [Nueve](#)
 - [Diez](#)
 - [Once](#)
 - [Doce](#)
 - [EPÍLOGO](#)
 - [RESEÑA BIBLIOGRÁFICA](#)
-

Tess Gerritsen

Al borde del deseo

PRÓLOGO

París, 1973

Llegaba tarde. No era propio de Madeline.

Bernard Tavistock pidió otro café con leche y lo bebió con calma, mirando de cuando en cuando por la ventana por si veía a su mujer. Sólo se veía lo típico de la orilla izquierda del Sena: turistas y parisinos, manteles de cuadros rojos y blancos, la explosión de colores del verano. Pero ni rastro de su mujer y su pelo negro. Ya llegaba media hora tarde. Demasiado para ser un retraso por culpa del tráfico. Empezó a golpear con la punta del pie conforme aumentaba su preocupación. En todos sus años de casados, Madeline rara vez había llegado tarde a una cita, y siempre por pocos minutos. Puede que otros hombres se quejaran y se mostraran resignados ante la continua tardanza de sus esposas, pero él nunca había tenido tales quejas. Le había tocado en suerte una esposa muy puntual. Y muy bella. Una mujer que, incluso después de quince años de matrimonio, seguía sorprendiéndolo, fascinándolo, tentándolo.

Pero ¿dónde demonios se había metido?

Dirigió la mirada hacia ambas direcciones del bulevar Saint-Germain. Su inquietud pasó de ser un vago golpeteo ansioso con la punta del pie a una rotunda preocupación. Se preguntó si habría tenido un accidente o tal vez la habría entretenido una llamada de último minuto de su contacto en la agencia de inteligencia francesa, Claude Daurier. El ritmo de los acontecimientos durante las dos últimas semanas había sido frenético. Tras los rumores de una filtración en el servicio de inteligencia de la OTAN, todos llevaban días observando cautelosos a su alrededor, pre-

guntándose en quién de todos ellos no se podía confiar, quién sería el topo.

Hacía días ya que Madeline esperaba instrucciones del MI6 de Londres. Tal vez, habría tenido noticias de ellos en el último minuto.

Aun así, debería habérselo dicho.

Se puso en pie y ya se dirigía hacia el teléfono, cuando vio que su camarero, Mario, le hacía señas. El joven se acercaba a él a toda prisa entre las mesas ocupadas.

– Señor Tavistock, han dejado un mensaje para usted en el teléfono. Era *madame*.

Bernard suspiró aliviado.

– ¿Dónde está?

– Dice que no podrá venir a comer. Quiere que vaya a encontrarse con ella.

– ¿Dónde?

– En esta dirección -el camarero le entregó un pedazo de papel manchado de lo que parecía salsa de tomate. Había garabateado la dirección con lápiz: *Calle Myrha, 66 (apartamento 5)*.

Bernard frunció el ceño.

– ¿Esto no está en Pigalle? ¿Qué demonios está haciendo en ese barrio?

Mario se encogió de hombros, un gesto galo muy peculiar que iba acompañado de una elevación de cabeza y de las cejas.

– No lo sé. Ella me ha dado la dirección y yo la he apuntado.

– Bien, gracias -dijo Bernard, y, sacando la cartera, le entregó al joven unos francos en pago por los dos cafés junto con una generosa propina.

– *Merci* -dijo el camarero, con una resplandeciente sonrisa-. ¿Vendrá a cenar, señor Tavistock?

– Si puedo encontrar a mi mujer -farfulló Bernard, dirigiéndose hacia su Mercedes.

Condujo hasta la plaza de Pigalle, refunfuñando todo el camino, preguntándose en qué estaría pensando su mujer para ir a ese lugar. No era el barrio más seguro de París

para una mujer, ni para un hombre, en realidad. Se consoló pensando que su adorada Madeline sabía cuidar de sí misma. Era mejor tiradora que él y la automática que llevaba en el bolso siempre estaba cargada, una precaución que él le había insistido mucho en que tomara después de lo ocurrido en Berlín. Era muy doloroso pensar que no se podía confiar en sus propios compañeros en esos momentos. Incompetentes en todas partes, en el MI6, en la OTAN o en la agencia de inteligencia francesa. Y allí estaba Madeline, atrapada en aquel edificio con unos alemanes del Este y sin nadie que la cubriera. Si él no hubiera llegado a tiempo...

No quería revivir aquel angustioso momento.

Madeline había aprendido la lección y, por eso, una pistola cargada se había convertido en un accesorio permanente de su armario.

Tomó la calle Chapelle, y sacudió la cabeza disgustado ante el deterioro de la zona, los cutres garitos nocturnos, las mujeres medio desnudas apostadas en las esquinas. Al ver su Mercedes, todas lo miraban ansiosas. Desesperadas.

Los estadounidenses solían llamar a aquel barrio «el callejón de los cerdos». El lugar al que se acudía en busca de disfrutes rápidos, placeres culpables.

«Madeline, -pensó-, ¿te has vuelto completamente loca? ¿Qué te ha podido traer aquí?».

Enfiló entonces el bulevar Bayes y, a continuación, la calle Myrha, y aparcó delante del número 66. Miró con escepticismo el edificio de tres plantas de cemento desconchado y balcones medio caídos. Se preguntaba si realmente quería su mujer que se encontrara con ella en aquella cloaca. Cerró el Mercedes con llave pensando que tendría suerte de que siguiera allí a su regreso. Y, reticente, entró en el edificio.

Había signos de que estaba habitado: juguetes por las escaleras, la música que salía de una radio en uno de los pisos. Subió las escaleras. El olor a cebolla frita y tabaco parecía persistir en el aire. Los números tres y cuatro estaban en el segundo piso; siguió subiendo por una empinada es-

calera hasta el último. El número cinco era el apartamento del ático; la puerta baja estaba encajada entre los aleros.

Llamó. No obtuvo respuesta.

– ¿Madeline? Esto no será una broma, ¿no?

Nada.

Tentó la puerta. No estaba cerrada con llave. Entró en el piso abuhardillado. Unas venecianas colgaban de las ventanas, a través de sus lamas se proyectaban luces y sombras sobre el cuarto. Contra una de las paredes había una cama grande de hierro, las sábanas revueltas por el último ocupante. En una mesilla había dos copas sucias, una botella de champán vacía y varios artículos de plástico a los que uno se referiría delicadamente como «complementos maritales». La habitación olía a licor, al sudor que queda tras la pasión, a cuerpos en celo.

La mirada perpleja de Bernard fue descendiendo, gradualmente, hacia el pie de la cama, hacia un zapato de tacón suelto en el suelo. Con el ceño fruncido, se acercó y vio que el zapato estaba tirado en medio de un charco carmesí. Al dar la vuelta a la cama, se quedó petrificado.

Su mujer yacía en el suelo, el pelo de ébano extendido como las alas de un cuervo. Tenía los ojos abiertos. Tres círculos rojos en su blusa blanca.

Se hincó de rodillas a su lado.

– No -dijo-. ¡No!

Le acarició la cara, sintió sus mejillas aún tibias. Acercó el oído a su pecho, el pecho ensangrentado, pero no escuchó el latido del corazón, no respiraba. Un sollozo brotó de su garganta, un llanto de dolor sin comparación.

– ¡Madeline!

Cuando el eco de su nombre desapareció en el silencio, Bernard oyó un ruido a su espalda. Eran pasos. Se aproximaban...

Bernard se giró. Desconcertado, se encontró frente a una pistola, la pistola de Madeline. Levantó el rostro para ver quién lo apuntaba. No tenía ningún sentido. ¡Ninguno!

– ¿Por qué? -preguntó Bernard.

La respuesta que oyó fue el ruido sordo de la automática con silenciador. El impacto de la bala lo lanzó hacia atrás, despatarrado, junto a Madeline. Durante unos breves segundos, notó el cuerpo de ésta junto al suyo, el pelo sedoso rozándole los dedos. Extendió entonces una mano y le tomó la cabeza, débilmente.

«Mi amor, -pensó-. Mi adorado amor».

Y luego su mano cayó sin vida.

Uno

Buckinghamshire, Inglaterra

Veinte años más tarde

Jordan Tavistock estaba repanchigado en el sillón del tío Hugh, mirando, divertido, como había hecho mil veces antes, el retrato de su antepasado, el desventurado conde de Lovat. Pensaba en lo deliciosamente irónico que era que lord Lovat contemplara el mundo desde aquel lugar de honor sobre la chimenea. Era la prueba de la poca importancia que la familia Tavistock había concedido siempre al único familiar que había perdido, literalmente, la cabeza en Tower Hill, el último hombre oficialmente decapitado en Inglaterra, sin contar las decapitaciones no oficiales. Jordan levantó el vaso en honor del desafortunado conde y bebió un sorbo de jerez. Estuvo tentado de servirse una segunda copa, pero ya eran las cinco y media, y los invitados empezarían a llegar en breve para la recepción conmemorativa del Día de la Bastilla.

«Necesito conservar unas cuantas células grises en pleno funcionamiento, -pensó-. Puede que las necesite para soportar la chachara hasta el final».

La cháchara social era una de las actividades que más detestaba Jordan.

Evitaba en todo lo posible esos saraos con caviar y pa-jarita que tanto le gustaba organizar al tío Hugh. Pero el evento de esa noche, en honor de sus invitados, sir Reggie y lady Helena Vane, puede que resultara más entretenido

que las habituales reuniones de los amantes de la hípica. Se trataba del primer gran acto desde que el tío Hugh se jubilara del servicio de inteligencia británico, y, posiblemente, muchos antiguos colegas de Hugh en el MI6 asistieran. Eso incluía algunos viejos amigos de París, todos presentes en Londres con motivo de la reciente cumbre económica, por lo que se presentaba una noche intrigante. Siempre que alguien reunía en una misma habitación a un grupo de ex espías y diplomáticos, todo tipo de secretos podía aflorar a la superficie.

Jordan levantó la vista al ver que su tío entraba refunfuñando en el estudio. Vestido ya con el esmoquin, Hugh trataba, sin éxito, de hacerse el nudo de la pajarita. Sólo había logrado un apretado engendro de nudo.

– Jordan, ¿te importa ayudarme con esta dichosa cosa?

Jordan se levantó del sillón y deshizo el nudo.

– ¿Dónde está Davis? A él se le dan mucho mejor estas cosas.

– Lo he mandado a buscar a esa hermana tuya.

– ¿Beryl ha salido otra vez?

– Naturalmente. Basta decir «fiesta» para que salga por la puerta.

Jordan comenzó a hacer el nudo de la pajarita.

– Beryl nunca ha sido muy amiga de las fiestas. Y, entre tú y yo, creo que está un poco harta de los Vane.

– Pero si son unos huéspedes encantadores...

– Es por esas pullas tan desagradables que se lanzan.

– Ah, eso. Siempre han sido así. Yo ya ni me doy cuenta.

– ¿Y te has fijado en cómo persigue Reggie a Beryl por todas partes, como un perrito faldero?

Hugh se echó a reír.

– Cerca de una mujer hermosa, Reggie siempre se comporta como un perrito faldero.

– No me extraña que Helena esté siempre metiéndose con él -Jordan retrocedió un paso para ver el efecto de la pajarita, con el ceño fruncido.

– ¿Qué tal estoy?

– Tendrá que servir.

Hugh miró el reloj.

– Será mejor que vaya a la cocina, a ver si todo está en orden. ¿Por qué no habrán bajado los Vane todavía?

Justo en ese momento, llegó hasta ellos el eco lastimero de unas voces en la escalera. Lady Helena, como siempre, estaba riñendo a su marido.

– Alguien tiene que hacerte ver esas cosas -dijo.

– Sí, siempre tú, ¿no?

Sir Reggie entró en el estudio a toda prisa, perseguido por su esposa. La evidente discordancia entre aquella pareja era algo que seguía extrañando a Jordan. Sir Reggie era un hombre alto y guapo de pelo plateado, muy distinto del ratón gris que tenía por esposa. Tal vez la explicación de tal emparejamiento estuviera en la sustanciosa herencia de Helena.

A punto de dar las seis, Hugh sirvió jerez para los cuatro.

– Antes de que llegue la horda, me gustaría proponer un brindis: Por vuestro feliz regreso a París -dijo. Todos bebieron. Era una ceremonia solemne, aquella última cena con sus viejos amigos.

Reggie fue quien alzó su copa a continuación.

– Y por tu hospitalidad. ¡Siempre apreciada!

Empezaron a oír entonces los neumáticos de los coches al detenerse sobre el suelo de grava de la entrada. Todos miraron por la ventana en el momento en que la primera limusina aparecía a la vista. El chófer abrió la puerta y por ella salió una mujer, de unos cincuenta, embutida en un vestido verde cubierto de resplandecientes cuentas de cristal. A continuación, descendió un joven con una camisa de seda de color púrpura que tomó el brazo de la mujer.

– Santo Dios, son Nina Sutherland y su chaval -murmuró Helena-. ¿En qué escoba han llegado volando?

De pronto, la mujer los vio a todos reunidos junto a la ventana.

– ¡Hola, Reggie! ¡Helena! -gritó con su aguda voz de fagot.

Hugh dejó la copa en una mesa.

– Es hora de ir a recibir a los bárbaros -dijo, suspirando. Acompañado por los Vane, salió a recibir a los primeros invitados.

Jordan se detuvo un momento a apurar su copa, el tiempo suficiente para adoptar una sonrisa y prepararse para estrechar manos. El Día de la Bastilla, ¡menuda excusa para una fiesta! Se colocó los faldones del esmoquin, se alisó la camisa blanca una última vez y se encaminó con resignación hacia los escalones de la entrada. Hora de empezar la verbena.

Pero ¿dónde demonios estaría su hermana?

En ese momento, el objeto de las especulaciones de Jordan Tavistock cabalgaba decidida por los verdes campos. «La pobre *Froggie* necesitaba hacer ejercicio, -pensó Beryl-. Y yo también».

Se inclinó hacia delante, sintiendo el viento y las crines de *Froggie* contra la cara, e inspiró el maravilloso olor a piel de caballo, a trébol dulce ya tierra tibia de verano. *Froggie* estaba disfrutando de la carrera tanto como ella, si no más. Beryl podía sentir el esfuerzo de los potentes músculos. «Es un demonio, como yo», pensó, y se echó a reír a carcajadas, el tipo de risotada que enervaba al pobre tío Hugh. Pero allí fuera, a campo abierto, podía reírse como una loca y nadie la oiría. ¡Cuánto desearía poder cabalgar y cabalgar, sin parar! Pero allí donde mirara, vallas y muros se alzaban ante ella. Eran las vallas de la mente, del corazón. Arreó a su montura para que fuera más deprisa, como si a mayor velocidad, pudiera dejar atrás los demonios que la perseguían.

El Día de la Bastilla. Qué excusa tan desesperada para dar una fiesta.

El tío Hugh adoraba aquellas fiestas y los Vane era viejos amigos de la familia; se merecían una despedida decente. Pero había visto la lista de invitados y eran los pesados

de siempre. ¿Acaso no debería ser interesante la vida de ex espías y diplomáticos? No se imaginaba a James Bond, jubilado, dedicándose a la jardinería.

Y eso era lo que el tío Hugh parecía estar haciendo a todas horas. Lo más excitante de la semana para él había sido la recolección de la primera cosecha del tomate híbrido de Nepal. El tomate más temprano que había cultivado. En cuanto a los amigos de su tío, bueno, no se los imaginaba ocultándose por los callejones de París o Berlín. A Philippe St. Pierre, puede, sí, podía imaginárselo de joven. Con sesenta y dos años, seguía siendo un hombre encantador, un donjuán gallo. Y Reggie Vane debía de haber tenido una figura imponente años atrás. Pero la mayoría de los viejos colegas del tío Hugh parecían... ¿Cómo diría? Agotados.

Dejó que *Froggie* la llevara a galope tendido. Recorrieron el último tramo de campos y atravesaron una zona arbolada. *Froggie*, sin aliento, disminuyó la velocidad a un ligero trote y, finalmente, al paso. Beryl tiró de las riendas para que se detuviera junto a la tapia de piedra de la iglesia. Desmontó y dejó que la yegua vagara por los alrededores, suelta. El cementerio estaba desierto y las lápidas lanzaban sombras alargadas sobre el césped. Beryl trepó por la tapia baja y fue abriéndose paso entre las parcelas hasta llegar al lugar al que tantas veces había ido. Un hermoso obelisco se elevaba sobre dos tumbas gemelas. No había ningún elemento decorativo, ningún ángel esculpido en el mármol, sólo unas palabras:

Bernard Tavistock, 1930-1973

Madeline Tavistock, 1934-1973

En la tierra, como en el cielo, juntos

Beryl se arrodilló en la hierba y se quedó mirando fijamente largo rato el lugar de descanso de sus padres. «Mañana hará veinte años, -pensó-. ¡Ojalá os recordara con más claridad! Vuestros rostros, vuestras sonrisas». Lo que sí recordaba eran cosas extrañas, cosas sin importancia. El olor

de las maletas de piel, el perfume de mamá, la pipa de papá. El crujido del papel cuando Jordan y ella abrían los regalos que sus padres les llevaban: las muñecas de Francia, las cajas de música de Italia. Y las risas. Había siempre muchas risas...

Sentada con los ojos cerrados, Beryl dejó que el agradable sonido resonara en su mente a través de veinte años. Entre el zumbido de los insectos de la tarde, y el tintineo del bocado y la brida de *Froggie*, escuchó los sonidos de su infancia.

La campana de la iglesia repicó entonces. Seis campanadas.

Beryl se puso en pie de un salto. ¿Tan tarde era? Miró a su alrededor y vio que las sombras se habían alargado más, que *Froggie* la observaba expectante, de pie junto a la tapia. «Dios, el tío Hugh vas a enfadarse mucho conmigo».

Como un rayo, salió del cementerio y saltó a lomos de *Froggie*. Al cabo de un momento, galopaban por los campos, caballo y amazona unidos en un esbelto cuerpo. «Es hora de tomar un atajo», pensó Beryl, conduciendo a *Froggie* hacia los árboles. Tendrían que saltar una tapia y hacer un tramo por la carretera, pero acortarían más de un kilómetro. *Froggie* pareció comprender que el tiempo era importante. Tomó velocidad y se aproximó a la tapia con la avidez debida en una carrera de obstáculos. Ejecutó un limpio salto, de sobra. Beryl sintió el viento en la cara, sintió que su montura despegaba del suelo y volvía a tocarlo al otro lado de la tapia momentos después. Ya habían dejado atrás el mayor obstáculo. Ahora, sólo quedaba dar la vuelta al recodo...

Vio pasar algo rojo como una exhalación, oyó el chirrido de los neumáticos sobre el asfalto. *Froggie* viró bruscamente hacia un lado y se encabritó. El súbito bandazo tomó a Beryl por sorpresa, y ésta perdió el equilibrio sobre la silla y aterrizó con un golpe seco en el suelo.

Su primera reacción, una vez que dejó de darle vueltas la cabeza, fue el desconcierto por haberse caído, y por tan

estúpida razón.

La siguiente reacción fue el miedo a que *Froggie* pudiera haberse herido. La yegua seguía asustada, moviéndose nerviosa por el asfalto. El sonido de la puerta del coche y alguien que se acercaba corriendo hacia ellos no hizo sino agitar aún más al animal.

– ¡No se acerque más! -siseó Beryl, mirando hacia atrás.

– ¿Está usted bien? – preguntó una voz con nerviosismo. Era una voz de hombre, un agradable barítono. Americano tal vez.

– Estoy bien -afirmó Beryl.

– ¿Y el caballo?

Susurrándole con suavidad, Beryl se arrodilló y acarició la pata delantera de *Froggie*. Los delicados huesos parecían intactos.

– ¿Está bien? -preguntó el hombre.

– Es una yegua -respondió Beryl-. Y sí, parece que está bien.

– Sólo podría notar la diferencia si viera sus partes nobles -dijo el hombre, con sequedad.

Ahogando una sonrisa, Beryl se irguió y se giró hacia su interlocutor. Vio que tenía el pelo y los ojos oscuros. Y sentido del humor. No se notaban trazas de comedimiento. Cuarenta y tantos años de risas habían dejado unas atractivas arrugas en el contorno de los ojos. Llevaba corbata negra formal y unos hombros impresionantes se recortaban bajo la chaqueta del esmoquin.

– Siento lo de la caída. Supongo que ha sido culpa mía.

– Ésta es una carretera rural, ¿sabe? No es el lugar más adecuado para ir a toda velocidad. Uno nunca sabe qué puede encontrar a la vuelta del camino.

– Ya me he dado cuenta.

Froggie le dio un empujón con la cabeza en señal de impaciencia. Beryl acarició el cuello del animal mientras notaba que el desconocido no dejaba de mirarla.